

ca. La capital, un barrio de Buenos Aires, la Boca o Mataderos. Para nosotros los argentinos que traemos dinero la vida es barata, pero para los nativos es sumamente cara. La ropa cuesta como en BA y los sueldos máximos son de 200 pesos. Una sirvienta gana en la capital 10 por mes»³⁸.

Tras extenderse en otros comentarios sobre la miseria en Chile, le informa que «todos los trastornos que padecía del corazón se han pasado, lo que me hace creer que esos trastornos no eran del corazón sino de origen gástrico, provocados por los mejoradores químicos que en la Argentina, los panaderos le echan al pan. De otra manera no se explica cómo es posible que aquí pueda tomar vino, comer comida con salsas y no sufrir absolutamente nada ni del estómago ni del corazón»³⁹.

En la carta a Vecha, Arlt le comenta que piensa ir al sur de Chile y que «el gobierno le regala el pasaje». Arlt consigue también un pasaje para Elizabeth, que relata: «Viajé a Santiago y después nos fuimos en tren hasta el sur».

Llegan a Puerto Montt y se inicia lo que Elizabeth llama «nuestra única época de armonía». Su memoria guarda imágenes de aquel paréntesis de felicidad: una función de cine donde daban *La bestia humana* hablada en francés, y cuando se encienden las luces descubren que están rodeados de indios mapuches descalzos. Un viaje a la isla de Tenglo donde se deleitan con torta de cereza, chicha de manzana, tortilla de erizo. Roberto tiene mucho apetito, pide también ostras y vino Concha y Toro. «Total, paga el gobierno». Ellos se hacen traer la comida a la habitación por una indiecita en patas, y a la mañana duermen hasta muy tarde en la comfortable cama del Hotel Alemán⁴⁰.

Sesenta años después, no hay rastros del Hotel Alemán en Puerto Montt, pero el muelle por el que pasearon los amantes, las playas de guijarro y los cascos de antiguas barcas varadas contra las que se besaron al atardecer, siguen encallados frente al mar, y en la isla de Tenglo, con sus casitas de madera carcomida, que parecen de juguete, y sus cangrejales, otras parejas miran el sol que se hunde en el Pacífico.

Pero Chile no es sólo el amor. Roberto lee un libro que ha causado sensación: *Chile o una loca geografía* del médico Benjamín Subercaseaux, al cual Gabriela Mistral le ha advertido que «van a zarandearlo por la gruesa columna de reparos que levanta en frente de la chilenidad». Algunos párrafos de este retrato geográfico y humano de Chile (que ha resistido bien el paso del tiempo y es considerado hoy en Chile como un libro clásico) molestan a Arlt y se insurge contra ellos. Que el autor dijera, por

³⁸ Borré: ob. cit.

³⁹ Borré: ob. cit.

⁴⁰ Perrone: ob. cit.

ejemplo: «(la mujer chilena) es muy hermosa en realidad, pero solamente en cierta clase media y en la aristocracia, donde la filiación europea es reciente. La chilena 'antigua' y, sobre todo la popular, es francamente fea. Carece de finura, es ancha de caderas y desmayada de pechos. Ninguno de los matices de la piel y del color que presenta el hombre se ve en ellas. Son extraordinariamente uniformes y desprovistas de gracia... etc., etc.», resultaba intolerable para Arlt, quien escribe un artículo llamado *Chile a través de un aristócrata* que publica en mayo de 1941 en una revista de Buenos Aires⁴¹: «Dudo que haya país en Sud América donde las masas hayan sido más cruelmente explotadas, hambreadas, masacradas y calumniadas que las masas proletarias de Chile. Albergándose cuando pueden en un conventillo que nos recuerda las más salvajes descripciones gorkianas, semidesnudos, en compañía de sus mujeres semidesnudas, estos tremendos desdichados han tenido que soportar sobre sus espaldas una sociedad que engendra –¡vean ustedes!– literatos como Benjamín Subercaseaux, banqueros como Edwards, financieros como Ross Santa María...».

Elizabeth vuelve de Chile y Roberto, en lugar de seguir su gira por América, también regresa, poco después. Se presenta ante Carlos Muzzio Sáenz Peña y le notifica que no puede continuar la gira ya que está gravemente enfermo. Muzzio (1885-1954) conocía muy bien a Arlt. Había reemplazado a Alberto Gerchunoff, el primer director de *El Mundo* y siempre lo respaldó; el de Arlt era el perfil de periodismo popular que Muzzio quería imponer en el diario. Pero volvamos al momento en que, al regreso de Chile, Arlt se presenta ante su jefe.

«Tengo un cáncer de lengua» le dice con expresión dramática y le muestra una pequeña afta en la lengua. Muzzio queda desconcertado. «Los ingleses» (como se llamaba por entonces a la empresa Haynes por el origen de sus dueños) le habían encargado a Muzzio que controlara de cerca al singular periodista, no tanto para corregirle personalmente los artículos, y salvar las legendarias faltas de ortografía, sino porque Arlt solía retratar en sus notas a personas de carne y hueso y a veces, lo hacía con sus nombres verdaderos o con otros que eran transparentes, causando constantes problemas a sus editores. Según Bouché, Arlt tenía mucha confianza en Muzzio, al que solía llamar *father*. Sin embargo, en opinión de Elizabeth, «desde aquel episodio, Roberto no estuvo bien en el diario, no lo tenían mal pero ya no le dieron el mismo lugar que antes»⁴².

⁴¹ Nueva Gaceta N.º 1, Buenos Aires, 1941.

⁴² *Abós*: ob. cit.

La relación que ligaba a Roberto y Elizabeth no podía permanecer oculta por más tiempo. Iban y venían por Buenos Aires, mil ojos los controlaban. «Mi jefe, cuenta ella, un buen día me interrogó sobre mi ‘secreto’ noviazgo. Y me dijo que si me casaba con Roberto Arlt, perdía mi trabajo de secretaria». Según Elizabeth, ningún jerarca hubiera admitido que una persona como Arlt tuviera acceso a sus secretos, uniéndose sentimentalmente a su colaboradora más cercana.

Una noche caminaban por la avenida Juan B. Justo, bajo las luces de mercurio que acababan de ser instaladas. Ella era más baja, lo miró hacia arriba. «Me pareció verle cara de muerto. La luz, que sentí maldita, le daba una palidez azulina». Si a Elizabeth la echaban, el sueldo que él ganaba, descontado lo que destinaba a su madre, su mujer enferma y su hija, no iba a alcanzarles. «El se desesperó».

—¿Y si nos casamos en Uruguay?

Fueron un 25 de mayo. Bebieron whisky acodados en la borda del vapor de la Carrera. Se casaron en Pando («Roberto era conocido en Montevideo»), adonde los llevó y les salió de testigo un español amigo de Roberto —uno más de sus sempiternos locos— un tal García Quevedo, rojo exiliado que dormía envuelto en la bandera tricolor de la República, por si lo sorprendía la muerte.

«De regreso, bajamos del tren en la estación Núñez y en una panadería, él compró masas y las trajimos a casa de mamá. Después nos fuimos a la editorial. Ni mi más íntima amiga, Adriana Piquet, la esposa del escritor Carlos Alberto Leumann, sabía nada»⁴³.

Roberto nunca tuvo casa propia. Vivía en pensiones, al principio en cuartos miserables como los que albergaron a Silvio Astier. Después, cuando se ganaba bien la vida como escritor y periodista (llegó a tener un sueldo de trescientos pesos), pasó a ocupar pensiones de más categoría: en aquella época eran un tipo de vivienda apreciada. Debía mudarse con frecuencia por sus problemas con las dueñas —muchas eran viudas alemanas. Según Elizabeth, «éramos buenos pagadores pero malos inquilinos».

Roberto volvía del diario a la madrugada, dejaba el velador encendido y se acostaba. Al día siguiente, cuando traían el desayuno, la muchacha advertía que él dormía a pata ancha gastando la luz hasta bien entrado el día. También contribuía a que los echaran las constantes trifulcas de la pareja y la manía de los inventos.

⁴³ Perrone: ob. cit.